Demasiado real para olvidar

Conocían sus palabras. Ahora deben conocer la verdad



Laura Bellini

Demasiado real para olvidar

Conocían sus palabras. Ahora deben conocer la verdad

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384904091

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - La voz al otro lado 12
Capítulo 2 - Sin anonimato 25
Capítulo 3 - Todo lo que no se oye 40
Capítulo 4 - No todo se puede grabar 51
Capítulo 5 - El derecho a decir no 64
Capítulo 6 - Donde terminan las palabras 76
Capítulo 7 - Al otro lado del beso 88
Capítulo 8 - La luz fuera del estudio 101
Capítulo 9 - El precio de una voz 113
Capítulo 10 - La verdad susurrada 125
Capítulo 11 - Lo que realmente necesito 138
Capítulo 12 - La fecha que no podía olvidar 151
Capítulo 13 - Las condiciones que no estoy dispuesta a aceptar 162
Capítulo 14 - Entre lo que siento y lo que sé 173
Capítulo 15 - Todo lo que sabías 184
Capítulo 16 - El silencio que elegí 197
Capítulo 17 - Con mi propia voz 208
Capítulo 18 - Sin derecho a respuesta 218
Capítulo 19 - A ambos lados de la verdad 228
Capítulo 20 - Demasiado real para olvidar 239

INTRO

Por primera vez en tres años, estaba a punto de hacer algo exclusivamente por mí. Sin consultar la decisión con nadie, sin explicar por qué valía la pena arriesgarse y sin dejarme una cómoda vía de escape. Aquella tarde de viernes estaba frente a las puertas acristaladas de un estudio de radio en Bydgoszcz, con el portátil y una carpeta bajo el brazo que contenía un proyecto capaz de cambiar mi vida profesional. En el bolsillo del abrigo llevaba el teléfono con un mensaje de un hombre al que nunca había conocido. O, al menos, eso creía entonces.

Al otro lado del cristal, alguien ajustaba un micrófono. La luz roja sobre la entrada de la cabina de control permanecía apagada, pero por los altavoces del pasillo llegaba un fragmento de una grabación: una voz femenina hablaba de regresar a una casa que ya no existía. Me detuve al reconocer la ligera distorsión al final de la frase. En mis veintiocho años de vida había aprendido a ignorar muchas cosas, pero un compresor mal ajustado no era una de ellas.

—¿Viene a los talleres? —preguntó la recepcionista.

—Sandra Wrona. Edición de sonido.

La mujer encontró mi nombre en la lista y me entregó una acreditación.

—Grupo dos. La sala está al final del pasillo. El profesor ha pedido que, antes de empezar, dejen los materiales en la unidad compartida.

—¿Y si prefiero mostrárselos personalmente?

La recepcionista sonrió con paciencia profesional.

—Tendrá que convencerlo.

Eso pensaba hacer.

Había venido a un taller de seis semanas sobre producción de ficción sonora con mi propio proyecto documental. Su título provisional era "Entre líneas" y reunía las voces de personas que habían mantenido relaciones cercanas durante años sin llegar a ver nunca a sus interlocutores. No me interesaban las estafas por internet ni las historias sensacionalistas. Quería entender qué le sucede a una persona cuando la voz o las palabras escritas de alguien se vuelven más importantes que su presencia.

El tema no era casual.

Desde hacía casi dos años me escribía con alguien que utilizaba en internet el seudónimo de Norte. Nos habíamos conocido en un pequeño foro dedicado a la ficción sonora, durante una discusión sobre el final de un programa. Yo sostenía que la protagonista debía marcharse. Él afirmaba que, a veces, el valor consistía en quedarse. Discutimos durante tres noches antes de que admitiera que mis argumentos eran mejores.

Desde entonces hablábamos casi todos los días.

No conocíamos nuestros apellidos, profesiones ni direcciones exactas. Él sabía que yo vivía en Bydgoszcz y trabajaba con sonido. Yo sabía que se dedicaba a escribir y viajaba con frecuencia. Nunca intercambiamos fotografías. Al principio me pareció un juego; después se convirtió en una regla que ninguno de los dos quería romper.

Con él era capaz de admitir que me asustaba la mediocridad. Que a veces rechazaba la ayuda de los demás antes incluso de que pudieran ofrecérmela, porque no quería volver a oír que, sin el apoyo de alguien, no llegaría

muy lejos. Norte no respondía con palabras de consuelo. Hacía preguntas que yo habría preferido evitar.

La noche anterior me había escrito:

Si de verdad quieres hacer este proyecto, deja de esperar a que alguien decida que estás preparada.

No le respondí hasta la mañana.

Hoy voy a luchar por mi propia ficción sonora. No preguntes dónde. No quiero gafarlo.

No preguntaré. Pero cuando vuelvas, quiero oírte decir que no le has entregado a nadie el derecho a decidir sobre tu historia.

Ahora, de pie en el pasillo de la radio, volví a leer aquel mensaje. Sonreí a pesar de los nervios. Norte tenía un talento irritante para formular frases que permanecían conmigo mucho más tiempo del que deberían.

Guardé el teléfono y entré en la sala.

Alrededor de una larga mesa había una docena de personas. En la pared colgaba una pantalla con el programa de las clases y, a su lado, habían instalado un puesto de escucha. Reconocí a dos técnicas de emisoras locales y a un productor con el que había trabajado tiempo atrás. Los saludé brevemente y escogí un sitio cerca de la salida.

—¿Sandra? —dijo una voz conocida.

Me volví. Magda, la coordinadora de los talleres, estaba junto a la puerta.

—Pensaba que habías renunciado.

—¿Por qué?

—No enviaste la autorización para compartir los materiales.

—Porque no voy a firmarla en esos términos.

Magda suspiró.

—Sabía que contigo habría problemas.

—Podemos llamarlo protección de los derechos de autor.

—Podemos. Pero Emil tiene que aprobar tu proyecto.

Fruncí el ceño.

—¿Emil?

—Jarosz. Autor de ficción sonora. Se encarga de la parte dramatúrgica y selecciona los proyectos para la presentación final.

Conocía su apellido. Había escuchado varias de sus producciones, incluida una cuyo final me parecía extraordinario, aunque jamás lo habría reconocido en público. Era conocido por sus diálogos contenidos y por la manera en que conseguía convertir un silencio corriente en el momento más importante de una escena.

—¿Y si no acepto la licencia compartida? —pregunté.

—Habla con él. Empezamos dentro de diez minutos.

Magda se marchó, dejándome con la desagradable sensación de que mi plan, cuidadosamente preparado, ya necesitaba ser defendido antes siquiera de empezar.

Abrí el portátil. En la pantalla apareció el proyecto de una sesión de edición con decenas de pistas, grabaciones de respiraciones, pasos y voces. Moví el cursor hasta la última escena. En ella, una mujer mayor hablaba de un hombre con quien se había carteado durante cuarenta años. Nunca llegaron a conocerse. Cuando él murió, ella heredó una caja llena de cartas.

Aquella grabación debía ser el corazón de mi ficción sonora.

—Un lugar interesante para poner un silencio.

El hombre que estaba junto a mi silla señaló un fragmento de la pista en el que había dejado casi siete segundos sin ningún sonido.

Levanté la cabeza.

Tendría treinta y pocos años, el cabello oscuro, las mangas de una camisa gris grafito remangadas y el rostro de alguien que rara vez decía algo únicamente para llenar un silencio. Sostenía una taza de café en una mano y apoyaba la otra con naturalidad en el respaldo de la silla contigua.

—No es un espacio vacío —respondí—. Ahí la protagonista toma una decisión.

—¿Sin palabras?

—No todas las decisiones necesitan pronunciarse.

Me observó con un interés más atento que cortés.

—¿Y cómo va a saber el oyente que la grabación no ha terminado?

—Si he contado bien los cinco minutos anteriores, lo sabrá.

En sus labios apareció una sonrisa apenas perceptible.

—Una suposición atrevida.

—Prefiero las suposiciones atrevidas a explicarlo todo tres veces.

Durante unos instantes nos miramos. No apartó los ojos, pero tampoco intentó ocupar más espacio del que yo le permitía. Reparé en una pequeña cicatriz junto a su ceja y en

la forma en que escuchaba mi respuesta, como si estuviera considerando de verdad lo que significaba.

—Emil Jarosz —se presentó.

Me levanté.

—Sandra Wrona.

Me estrechó la mano. La tenía cálida y su gesto fue firme, sin esa seguridad exagerada que algunas personas se esfuerzan por exhibir.

—He visto el nombre de su proyecto en la lista. Me gustaría escucharlo entero.

—Siempre que no intente corregirme el final.

Se rio en voz baja.

—No se lo prometo.

Alguien lo llamó desde la cabina de control. Giró la cabeza, respondió con un breve "ahora voy" y permaneció un instante más junto a mi puesto.

—Una pregunta, Sandra. ¿Por qué precisamente personas que nunca se han conocido?

Vacilé. Podría haberle dado la respuesta que llevaba preparada sobre la intimidad de la comunicación digital, pero había algo en su mirada que habría hecho que sonara falsa.

—Porque a veces es más fácil decirle la verdad a alguien que no sabe qué aspecto tenemos.

Emil se puso serio.

—¿Y cuando ya lo sabe?

No encontré una respuesta de inmediato.

—Entonces empieza la parte más difícil —dije al fin.

Asintió, como si acabara de escuchar algo importante, y se dirigió hacia la cabina de control.

A través de las puertas acristaladas lo vi hablar con el técnico. Se quitó el reloj, lo dejó junto a la consola y se inclinó sobre la pantalla. Parecía un hombre completamente concentrado en lo que hacía. Aquella seguridad en sus movimientos me afectó más de lo que estaba dispuesta a admitir.

El teléfono vibró.

Norte: ¿Y bien? ¿Has conseguido llegar sin escapar en el último momento?

Miré el mensaje, sorprendida por lo certero que resultaba.

Sandra: He llegado. Acabo de conocer a un hombre que probablemente intentará estropearme el final.

La respuesta llegó unos segundos después.

Norte: Tal vez solo quiera comprobar si de verdad sabes por qué elegiste precisamente ese.

Levanté la vista.

Al otro lado del cristal, Emil Jarosz dejó el teléfono boca abajo. Después miró hacia la sala. Nuestros ojos se encontraron a través de dos capas de cristal y varios metros de pasillo.

No tenía ningún motivo para relacionar ambas cosas. La gente leía mensajes y dejaba sus teléfonos a un lado durante todo el día. Y, sin embargo, durante unos instantes no pude apartar la mirada de él.

En la pantalla de mi teléfono apareció otra frase.

Norte: Solo no dejes que decida por ti.

Esta vez no respondí.

Observé al hombre detrás del cristal, que acababa de volverse de nuevo hacia la consola, y me pregunté por qué la voz de alguien a quien había conocido apenas unos minutos antes me había resultado extrañamente familiar.

Y por qué, por primera vez en mucho tiempo, deseé que alguien que conocía mis palabras más verdaderas se atreviera también a conocerme a mí.

Capítulo 1 - La voz al otro lado

El taller comenzó con algo que detestaba incluso más que los diálogos mal editados: presentarme delante de un grupo de personas que fingían recordar los nombres de los demás. Cada uno tenía que explicar a qué se dedicaba y por qué había viajado a Bydgoszcz. Estaba sentada al final de la mesa, haciendo girar mi acreditación entre los dedos, mientras escuchaba historias sobre ambiciones profesionales, creatividad y la necesidad de explorar nuevas formas de expresión. Todos hablaban como si hubieran ensayado sus discursos delante del espejo. Yo también llevaba preparadas tres frases, pero después de mi conversación con Emil Jarosz había perdido las ganas de recitar nada.

El director del taller se colocó junto a la pantalla y apagó la presentación. Sin ella parecía menos formal y, por eso mismo, todavía más interesante. Tenía treinta y cuatro años, según había leído antes en su biografía profesional, y poseía esa clase de naturalidad que normalmente solo llega cuando uno deja de sentir la necesidad de demostrar su valía a todo el mundo. No intentaba impresionar. Cuando uno de los participantes pasó varios minutos hablando de sus propios logros, Emil lo escuchó con paciencia y después le preguntó qué historia le gustaría contar de verdad.

Se hizo el silencio.

—Precisamente por eso estamos aquí —dijo Emil—. No me interesa lo bien que sepáis hablar de vuestros proyectos. Me interesa saber si sois capaces de conseguir que alguien quiera escucharlos.

Cuando llegó mi turno, me levanté sin consultar mis notas.

—Sandra Wrona. Me dedico a la edición de sonido. Trabajo principalmente en reportajes y documentales de corta duración. He traído un proyecto sobre relaciones que existen exclusivamente gracias a las palabras. Quiero realizarlo sin atribuir a sus protagonistas emociones que nunca hayan expresado.

Emil se apoyó en la mesa.

—¿Y si las emociones son más importantes que las palabras pronunciadas?

—Entonces hay que aprender a escuchar el silencio.

Varias personas se volvieron hacia mí. Emil sonrió ligeramente.

—Empiezo a sospechar que trabajaremos bien juntos.

—Eso depende de lo que entendamos por trabajar bien en equipo.

—Ya volveremos sobre eso.

Me senté con una sensación inquietante de satisfacción. No porque hubiera conseguido llamar su atención, sino porque no había despreciado mi respuesta. Durante los últimos años había conocido a demasiadas personas que consideraban que una editora de sonido estaba allí para eliminar ruidos, no para participar en la construcción de una historia. Emil parecía comprender la diferencia.

Después de la parte organizativa, Magda repartió el calendario. El taller comprendía seis semanas de trabajo en equipo, consultas dramatúrgicas y una presentación final ante representantes de varias emisoras y productores independientes. Tres de las ficciones seleccionadas

tendrían la oportunidad de seguir desarrollándose dentro de un programa de colaboración. No se garantizaba su emisión, pero para mí era una oportunidad de salir por fin de la sombra de nombres ajenos.

El problema surgió al explicar las normas.

—Los materiales utilizados en la presentación deberán ponerse a disposición de los organizadores en la medida necesaria para las exhibiciones y la evaluación del proyecto —explicó Magda—. Los permisos específicos se firmarán antes de comenzar el trabajo de producción.

Levanté la mano.

—¿Y si el autor tiene acuerdos propios con las personas entrevistadas y no puede transferir esos derechos?

—Estudiaremos esos casos individualmente.

—En el formulario no he visto esa posibilidad.

Emil me miró por encima del programa impreso.

—Hablaremos después de la clase.

—Preferiría hacerlo ahora, para que todo el mundo conozca las condiciones.

Me observó durante un momento sin decir nada. No parecía ofendido.

—De acuerdo. Los organizadores necesitan una autorización limitada para presentar el proyecto, no el derecho a disponer de la obra completa. El formulario está redactado con demasiada amplitud. Pediré que preparen una versión corregida.

No esperaba una concesión tan rápida. De hecho, ya había preparado varios argumentos y ahora no sabía dónde utilizarlos.

—Gracias —dije.

—No me dé las gracias por algo que debería ser evidente.

No había ironía en su voz. Recordé aquella frase mucho más que toda la presentación anterior.

Antes del descanso, los participantes tenían que reproducir algunos fragmentos de sus proyectos. El mío fue elegido en tercer lugar. Cuando la voz de una mujer mayor surgió de los altavoces, dejé de observar la sala. Conocía cada vacilación y cada crujido de la silla. Había pasado tantas horas trabajando en aquella grabación que podía reproducirla mentalmente sin necesidad de auriculares.

La mujer hablaba de la última carta que había recibido del hombre al que había amado a distancia. Dijo que conocía la forma en que colocaba las comas, pero que nunca había llegado a saber qué aspecto tenía cuando se reía.

Después llegaba el silencio.

Siete segundos.

Nadie se movió.

Cuando terminó la grabación, Emil no encendió las luces inmediatamente.

—¿Este silencio es auténtico? —preguntó.

—Sí. No lo he recortado.

—Bien.

Nada más. Y, sin embargo, en aquella única palabra escuché un reconocimiento que llevaba mucho tiempo necesitando.

Al cabo de un momento encendió las luces.

—Tengo una objeción sobre la estructura. Durante la mayor parte de la pieza, el oyente conoce solo una parte de

esa relación. No sé quién era el hombre que está ausente. Y tampoco sé si la autora quiere realmente que llegue a conocerlo.

—Porque esta historia pertenece a la mujer que se quedó —respondí.

—Por supuesto. Pero si cuentas la historia de dos personas, no puedes fingir que la otra solo existe en la imaginación de la primera.

Tenía sentido. Precisamente por eso me irritó tanto.

—No pienso inventarle una voz.

—No le estoy pidiendo que se la invente. Le pido que compruebe si la ausencia de esa voz es una decisión artística o una forma cómoda de esquivar una pregunta difícil.

Lo miré atentamente.

—¿Siempre habla así con la gente?

—¿Así cómo?

—Como si conociera la respuesta, pero quisiera que los demás llegaran a ella por sí mismos.

Durante un breve instante, su expresión se volvió difícil de interpretar.

—No siempre conozco la respuesta, Sandra.

No continuamos la conversación. Magda anunció el descanso y salí al pasillo con la sensación de que alguien acababa de tocar el punto más vulnerable de mi proyecto.

Junto a la máquina de café abrí el teléfono. En la pantalla me esperaba un mensaje de Norte.

¿Cómo ha ido el primer enfrentamiento?

Sandra: Me he encontrado con un hombre que cree conocer mi historia mejor que yo.

Norte: Puede que haya visto en ella algo que todavía no quieres ver.

Apreté los labios.

Sandra: ¿Siempre tienes que defender a la otra parte?

Norte: Solo cuando la primera es especialmente testaruda.

Negué con la cabeza. Me conocía demasiado bien. Sabía que, cuando utilizaba la palabra «siempre», normalmente empezaban a faltarme argumentos.

—La máquina se traga las monedas —dijo alguien a mi espalda.

Emil estaba a unos pasos de distancia, con su propio vaso en la mano.

—Quizá intenta reducir el consumo de cafeína —respondí.

—En ese caso, es más responsable que la mayoría de las personas de este edificio.

Se acercó a la máquina y pulsó un botón que yo no había visto antes. El aparato emitió un sonido de protesta y después comenzó a funcionar con normalidad.

—No todo se arregla por la fuerza —comentó.

—Lo recordaré. Puede ser útil durante nuestras consultas.

Se rio. De cerca distinguí algunos mechones más claros entre su cabello oscuro y una pequeña arruga que aparecía junto a su ojo izquierdo. Olía a café y a algo fresco, quizá cedro. Me fijé en aquellos detalles con una precisión irritante.

—¿Puedo proponerte algo para tu proyecto? —preguntó.

—Puedes intentarlo.

—Dejemos la estructura a un lado por el momento. Me gustaría que reprodujeras los primeros cinco minutos sin música ni ambientación. Solo la voz.

—¿Por qué?

—Porque quiero escuchar lo que ya está ahí antes de que empecemos a añadir nada.

Esta vez no encontré ningún motivo para oponerme.

Cuando regresamos a la sala, el teléfono volvió a vibrar.

Norte: Y recuerda que, a veces, la respuesta más honesta es reconocer que todavía hay cosas que no sabes.

Leí la frase dos veces.

Emil se detuvo junto a la puerta.

—¿Todo bien?

—Sí. Alguien acaba de darme un consejo que nadie le ha pedido.

—¿Bueno?

—Por desgracia.

Sonrió, pero enseguida se puso serio.

—Ten cuidado con las personas que siempre saben lo que deberías hacer.

—¿Por qué?

—Porque, aunque a veces tengan razón, es fácil confundir su seguridad con la tuya propia.

Aquello sonó tan familiar que durante unos instantes no supe qué responder.

El verdadero enfrentamiento llegó una hora después, cuando Emil me pidió que lo acompañara a una pequeña

sala de control para una consulta individual. En el interior había dos sillones, una mesa de mezclas y una enorme ventana que daba al estudio de grabación. Nos sentamos uno al lado del otro, manteniendo una distancia apropiada, aunque el espacio de repente parecía mucho más pequeño.

Emil abrió mi archivo del proyecto.

—Quiero proponerte un cambio en la manera de desarrollar la historia.

—Y yo quiero conservar el control sobre el material.

—Una cosa no excluye la otra.

—Depende de lo que propongas.

Movió el indicador de la pantalla hasta el fragmento en el que la protagonista recordaba el primer mensaje que había recibido.

—Me gustaría que, antes del final, el oyente escuchara algunas cartas auténticas. No como una reconstrucción de diálogos, sino como una capa narrativa independiente. Podríamos utilizar grabaciones de archivo de sus lecturas, si existen, o preparar una lectura indicando claramente que se trata de una interpretación.

—No tengo autorización para publicar correspondencia privada.

—Lo sé. Por eso hablo de una posibilidad, no de una solución definitiva.

—¿Y si la mujer se niega?

—Entonces encontraremos otro camino. Pero tenemos que preguntárselo.

Me volví hacia él.

—No voy a presionarla solo porque el jurado de la presentación final necesite un desenlace más contundente.

Emil también se giró. Nos separaba poco más que la anchura de los reposabrazos.

—No quiero un final más contundente para el jurado. Quiero una historia más honesta. No es lo mismo.

—¿Honesta para quién?

—Para el oyente. Y para tu protagonista.

Por primera vez aquel día, me habló de tú. Lo noté de inmediato. No lo corregí.

—Si tengo que tomar una decisión así, necesito tener la certeza de que nadie utilizará mi material sin mi consentimiento.

—Tienes mi palabra.

—Una palabra no es suficiente.

Guardó silencio. No se ofendió ni intentó convencerme con otro argumento. Simplemente cerró el archivo y apartó las manos del teclado.

—Entonces establezcamos las condiciones por escrito.

Solo entonces empecé a escucharlo de verdad.

Durante nuestra conversación apareció una notificación en el monitor, procedente de una plataforma de comunicación que yo misma llevaba años utilizando. El icono era inconfundible: un pequeño micrófono blanco sobre un fondo azul marino. Emil cerró rápidamente el aviso. No tenía ningún motivo para interesarme por sus mensajes privados, pero reconocí la aplicación.

—¿También utilizas Voz Después de Horas? —pregunté.

Se quedó inmóvil durante una fracción de segundo.

—De vez en cuando.

—Pensaba que todos los profesionales se habían trasladado hacía tiempo a otras plataformas.

—A algunas personas les gustan los lugares de siempre.

—A mí también.

Sonreí al recordar mi primera discusión con Norte.

—Hace tiempo discutí allí con alguien sobre el final de una ficción sonora. Él pensaba que la protagonista debía quedarse.

Emil no respondió inmediatamente.

—¿Y tú?

—Que debía marcharse.

—¿Quién ganó?

—Yo. Por supuesto.

Él echó la cabeza hacia atrás, como si intentara contener una carcajada.

—Naturalmente.

Había algo tan familiar en su tono que me quedé callada.

—¿Qué seudónimo utilizas? —pregunté.

Miró la pantalla.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por curiosidad.

—¿Y tú?

Durante dos años había protegido aquella parte de mi vida de los desconocidos. No pensaba revelársela a un hombre al que conocía desde hacía apenas unas horas. Sin embargo, de repente quise comprobar si mi sospecha era acertada.

—Faro.

Emil levantó lentamente la mirada.

Cayó un silencio distinto a todos los que habíamos analizado juntos hasta entonces.

—Faro —repitió.

—¿Lo conoces?

En lugar de contestar, sacó el teléfono. Durante unos instantes observó la pantalla y después dejó el dispositivo entre nosotros, de manera que pudiera ver la conversación abierta.

En la parte superior aparecía mi seudónimo.

Faro.

Debajo estaba el último mensaje que le había enviado a Norte.

¿Siempre tienes que defender a la otra parte?

Sentí como si alguien hubiera silenciado de repente toda la habitación.

—No —dije.

Emil no se movió.

—Sandra...

—No. Es imposible.

Durante dos años había imaginado de decenas de maneras al hombre que estaba al otro lado de la pantalla. Sin embargo, nunca lo había visto con una camisa gris grafito bien cortada, sentado a mi lado junto a una consola de sonido.

—¿Norte? —pregunté casi en un susurro.

Asintió.

Me observaba atentamente, como si esperara una reacción que no era capaz de predecir.

—¿De verdad eres tú?

—Sí.

Solté una breve carcajada, más por incredulidad que por diversión.

—¿Llevamos dos años hablando casi todos los días y durante media jornada has estado criticando mi proyecto?

—No sabía que lo interpretarías así.

—¿Y cómo esperabas que lo interpretara?

—Como una conversación entre dos personas que no siempre están de acuerdo.

Era exactamente algo que habría dicho Norte.

De repente recordé todas nuestras conversaciones nocturnas. Los mensajes enviados a las dos de la madrugada. Las confesiones que nunca había pronunciado en voz alta. Los momentos en los que le hablaba de mi soledad y él no intentaba solucionarla inmediatamente.

Ahora aquel hombre estaba sentado a mi lado. Podía ver sus manos, escuchar su respiración y distinguir la tensión de su mandíbula.

—¿Cuándo empezaste a sospecharlo? —pregunté.

Emil vaciló.

—Por lo que dijiste sobre escuchar el silencio... Después mencionaste el foro.

—¿Así que hoy?

—Sandra, es mucho que asimilar para los dos.

No respondió directamente. En aquel momento pensé que también estaba intentando ordenar sus propios pensamientos.

—¿Por qué no me dijiste nada antes?

—Quería estar seguro de que eras realmente tú.

No sonó del todo convincente, pero la situación era demasiado extraordinaria como para empezar a interrogarlo.

Durante un instante ambos guardamos silencio.

—¿Sabes qué es lo peor? —pregunté finalmente.

—¿Qué?

—Que durante dos años me imaginé tu voz. Y ahora voy a tener que corregirlo todo.

Sonrió despacio.

—¿Es muy diferente de la que imaginabas?

Lo miré. Aquella voz cálida, ligeramente ronca, que llevaba escuchando desde el comienzo del taller, adquirió de repente un significado completamente nuevo.

—Todavía no lo sé —reconocí.

Emil apartó el teléfono.

—Podemos seguir hablando como antes.

—No podemos.

Su sonrisa desapareció.

—¿Por qué?

—Porque antes no sabías qué aspecto tengo cuando me ocultas algo. Ahora voy a poder verlo.

Lo dije medio en broma. Todavía no sabía hasta qué punto aquellas palabras resultarían ciertas.

Capítulo 2 - Sin anonimato

El lunes por la mañana encontré un mensaje de Emil Jarosz en mi bandeja de entrada. No de Norte. De un hombre cuyo apellido aparecía en la firma del correo profesional, junto a un número de teléfono y el nombre del estudio.

El asunto decía: «Entre líneas — propuesta de condiciones de colaboración».

Abrí el archivo adjunto antes incluso de quitarme el abrigo. El documento tenía cuatro páginas. Emil había detallado el alcance de las consultas, el calendario, la forma de compartir las grabaciones y el procedimiento para aprobar los cambios. La frase más importante aparecía al principio: los derechos sobre los materiales originales y sobre la versión final de la obra permanecerían en mis manos. Los organizadores recibirían únicamente una autorización limitada para utilizar fragmentos seleccionados durante el taller y la presentación final.

Lo leí dos veces.

El viernes, después de descubrir nuestra relación por internet, nos habíamos despedido en un ambiente tan incómodo que hasta bien entrada la noche no fui capaz de decidir si estaba divertida, avergonzada o enfadada. Durante el fin de semana apenas intercambiamos unos cuantos mensajes. Ninguno de los dos sabía cómo escribirle al otro cuando el anonimato que nos había permitido hablar de casi cualquier cosa había desaparecido de repente.

Ahora Emil me había enviado un documento que demostraba que se había tomado en serio mis preocupaciones.

No contenía ningún comentario personal.

Contesté brevemente:

Gracias. Tengo tres modificaciones. Las comentaremos allí.

La respuesta llegó unos minutos después.

Por supuesto. Sala de control B, 10:30.

Vacilé y después abrí nuestra conversación privada en Voz Después de Horas.

Faro: ¿Ahora vamos a escribirnos exclusivamente como si trabajáramos en el departamento jurídico?

Norte: Depende de si piensas acompañar cada mensaje de tres modificaciones.

Sonreí.

Faro: Como mínimo.

Norte: En ese caso, me prepararé para una colaboración larga.

Me quedé mirando la pantalla durante unos instantes. En aquellas pocas frases había algo familiar que me devolvió el equilibrio. Norte seguía siendo capaz de hacerme reír, aunque ahora sabía que su sonrisa tenía una forma concreta.

La sala de control B estaba en la segunda planta, en una zona del edificio a la que los participantes del taller solo tenían acceso durante las consultas. Emil me esperaba junto a la mesa con el documento impreso. Sobre la superficie había dos tazas de café, una botella de agua y un pequeño plato con galletas de mantequilla.

—No sabía si tomas el café con leche —dijo cuando entré—. Así que la he dejado aparte.